



*Clara Coria*

**EROTISMO, MUJERES  
Y  
SEXUALIDAD**

*Después de los sesenta*

ANDROGINIAS 21

CLARA CORIA

**EROTISMO, MUJERES Y  
SEXUALIDAD**

*Después de los sesenta*

BARCELONA 2012

ANDROGINIAS 21

[WWW.PENSODROMO.COM/21/ANDROGINIAS-21](http://WWW.PENSODROMO.COM/21/ANDROGINIAS-21)

# Créditos

Título original:  
*Erotismo, mujeres y sexualidad -  
Después de los sesenta*

© Clara Coria, 2012  
© De esta edición: Red ediciones S.L., 2014

Imagen de cubierta:  
Edith Schiele sterbend - 1918  
© Egon Schiele (1890–1918)  
Imagen donada por The Yorck Project  
Utilizada bajo los términos de la Licencia de  
Documentación Libre GNU  
[<http://www.gnu.org/licenses/fdl.html>]

e-mail: [info@red-ediciones.com](mailto:info@red-ediciones.com)

Editor: Henry Odell - [henry@pensodromo.com](mailto:henry@pensodromo.com)

Diseño de cubierta: Pensódromo.

ISBN rústica: 978-84-9007-988-1  
ISBN ebook: 978-84-9007-354-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

[www.pensodromo.com/21/androginiyas-21](http://www.pensodromo.com/21/androginiyas-21)

## Índice

<b>Prólogo</b> _____	<b>11</b>
<b>Después de los sesenta</b> _____	<b>17</b>
<i>A modo de introducción</i> _____	17
<i>Un mito que divide aguas</i> _____	18
<i>El deseo sexual no legitimado</i> _____	20
<i>Cerré la fábrica y abrí el parque de diversiones</i> _____	23
<b>Lo complicado de la edad no es la edad sino «lo otro»</b> _____	<b>27</b>
<i>¿Son los sesenta una edad complicada para satisfacer los deseos sexuales?</i> _____	30
<i>Dos grandes confusiones que obstaculizan el disfrute</i> _____	32
<i>Saltos generacionales?</i> _____	39
<i>Cuando de «trofeos» se trata, el erotismo se esconde</i> _____	41
<i>¿Ostentaciones «necesarias»?</i> _____	45
<b>Amor, sexo y erotismo</b> _____	<b>49</b>
<i>Primera parte - En los campos del amor</i> _____	49
<i>Cuando del amor se trata</i> _____	50
<i>«Cuando me enamoro dejo de ser yo»</i> _____	53
<i>Segunda parte - En los dominios del sexo</i> _____	55
<i>«Cuando el clítoris palpita»</i> _____	61
<i>Censuras sobre la sexualidad femenina</i> _____	64
<i>«El pecado de pecar»</i> _____	65
<i>La doble moral sexual</i> _____	69
<i>Tercera parte - A las puertas del erotismo</i> _____	71
<i>«Cuando poseer el tiempo es gastarlo gota a gota y paso a paso»</i> _____	72
<i>El «romanticismo»: magistral cortina de humo</i> _____	74
<i>Algunos mitos insalubres gozan de buena salud: la «erección perpetua»</i> _____	77

<b>Compañías y soledades</b>	<b>81</b>
<i>La soledad del aburrimiento: ¿Un hábito femenino?</i>	84
<i>La soledad de la vergüenza</i>	86
<i>La soledad del pedestal: ¿Una condena masculina?</i>	88
<i>Trampa número uno - La erección como símbolo de poder</i>	90
<i>Trampa número dos - La valoración de la «dimensión»</i>	92
<i>Cuando cada uno se mira en el espejo del otro y ve la misma demanda</i>	93
<b>Amigos/as con derecho a roce</b>	<b>97</b>
<i>¿Nuevos formatos? ¿Nuevas mujeres? ¿Nuevos hombres?</i>	97
<i>Un nuevo rompecabezas: ¿Relaciones sin compromiso?</i>	
<i>¿Compañía con independencia?</i>	102
<i>Cuando de exclusividad se trata</i>	106
<i>Inercias inevitables y cambios que confunden</i>	108
<i>Mujeres es lo que sobra</i>	110
<i>Un problema semántico de alto impacto: ¿Fidelidad o lealtad?</i>	111
<b>Una propuesta indecente sobre el tiempo y la edad</b>	<b>115</b>
<i>¿Reciclar o remendar?</i>	115
<i>El espejo como aliado</i>	118
<i>Un delicado reciclaje</i>	119
<i>Un <b>soft</b> psíquico «no habilitado»</i>	120
<i>Reciclar en lugar de remendar</i>	122
<i>El nudo de un <b>soft</b> engañoso</i>	123
<b>Vivir en gerundio</b>	<b>125</b>
<i>«Este animal no existe»</i>	125
<i>Huellas del pasado</i>	127
<i>«Casilleros» sexuales del ayer</i>	130
<i>El presente como bisagra</i>	133
<i>El gerundio como alternativa creativa</i>	136
<b>Bibliografía</b>	<b>143</b>

*Dedico este libro a las mujeres y varones  
decididos a rescatar el disfrute de su erotismo  
más allá de los mitos  
que asustan con la menopausia y con la disfunción eréctil.*

*El amor es un misterio  
el sexo una urgencia biológica  
y el erotismo una exquisitez humana.*

Clara Coria

## Prólogo

Existe el hábito de aceptar con total naturalidad que hay cosas de las que «no se habla» a pesar de que suceden ininterrumpidamente a nuestro alrededor. Una de ellas es la sexualidad de las mujeres que han superado los sesenta años. Tiempo atrás se trataba de una edad ya descartable e importaba poco lo que pudieran sentir y desear porque, salvo excepciones, habían sido marginadas de la vida social una vez cumplido con los roles que la sociedad asignaba al género femenino, fundamentalmente los de esposa y madre. En las últimas décadas se han producido cambios significativos y las mujeres de sesenta y más se sienten con disponibilidad de tiempos y espacios para disfrutar lo más plenamente posible de la vida habiendo ya cumplido con los mandatos sociales y las responsabilidades asumidas en la juventud.

Es sabido que la sexualidad es un don que la naturaleza ha otorgado a los humanos y, a diferencia del resto del mundo animal, no se reduce a la procreación sino que ofrece un amplio escenario de disfrute que se extiende hasta el límite mismo de la vida. Vida y sexualidad son inseparables. Sin embargo, esta unión entre ambas, que es una evidencia innegable a pesar de que a menudo



se la niegue, ha sufrido a lo largo de los tiempos vicisitudes muy diversas. Una de las más frecuentes en la época actual ha consistido en afirmar, con fuerza de verdad científica, que la menopausia da por finalizado el deseo sexual y pone fin al disfrute del erotismo en las mujeres. Esta suposición tiene muy poco de cierto y mucho de tergiversación y ocultamiento. De eso, precisamente, trata este libro.

La propuesta de abordar este tema tiene por objetivo correr alguno de los velos que ya no ocultan nada pero siguen siendo utilizados para mantener en las sombras la sexualidad femenina. En este libro pretendo poner en evidencia algo de lo que «no se habla».

Sin ninguna duda, el tema es amplísimo y cubre un espectro que excede los límites de este abordaje. El objetivo en esta oportunidad no es dar por acabado el tema sino todo lo contrario, abrir una brecha que, es mi deseo, promueva el interés, tanto en hombres como en mujeres, para seguir corriendo otros velos.

La oportunidad de abordarlo surgió por el interés de la entonces editora de Paidós en México, quien me lo propuso y con ello prendió en mí una antorcha de entusiasmo que me llenó de empuje y alegría. Acepté dedicarme a investigar el tema y durante dos años llevé a cabo, ininterrumpidamente, entrevistas personales a partir de un temario abierto y según el eje en la sexualidad de las mujeres después de los sesenta. Evité el uso de encuestas totalmente convencida de que resultan muy limitadas porque, entre otras cosas, responden a lo que ya tienen en mente quienes formularon las preguntas. Además se trata de un tema sobre el que no me interesaba «cuantificar» sino correr velos que ocultan aquello de lo que «no se habla». Participaron de las entrevistas mujeres y varones heterosexuales, mayores de sesenta años que estaban dispuestos a hablar de su sexualidad. Esto significó que hubo algo así como una preselección espontánea por parte de los propios participantes. Evidentemente se trataba de personas para quienes la sexualidad había sido —y seguía siendo— una experiencia disfrutable sobre la cual estaban dispuestas a hablar. Estas dos condiciones, la edad y la buena disposición para hablar sobre ello, son en sí mismas una

evidencia palpable de que la sexualidad sigue viva aún cuando muchos todavía insisten, como si fuese una ley biológica, que la menopausia arrastra consigo la pérdida del deseo sexual. Las entrevistas duraban entre dos y tres horas y se llevaron a cabo habitualmente en mi consultorio y, en ocasiones, en los lugares que proponían los entrevistados. Hubo casos en que las entrevistas se repitieron. La metodología utilizada consistió en preguntas muy abiertas que iban surgiendo a medida que progresaba la conversación, la cual era registrada en su totalidad en una grabación cuya desgrabación fue hecho por mí en la totalidad de las entrevistas. A posteriori comenzó el trabajo de sistematizar los temas que surgieron de las entrevistas y luego el análisis de aquellos que serían rescatados para la presente edición. Algunos quedaron a la espera de ver la luz en otro momento.

Uno de los tantos que aún quedan por indagar es el que tiene que ver con el autoerotismo. Es decir, con el placer que el propio cuerpo es capaz de brindar a aquellas mujeres que toman la libertad de incursionar en él y descubrir los múltiples matices que ofrece. El tema de la masturbación es un punto clave en la libertad erótica femenina pero ha sido sistemática y cuidadosamente reprimido. Es sabido que la masturbación femenina es tan antigua como la masculina pero mucho más llena de tabúes, prohibiciones y castigos. Si bien es cierto que hay profesionales de distintas disciplinas que han comenzado a incursionar intentando descorder los velos con que la sociedad occidental judeocristiana oculta, reprime y castiga la masturbación femenina, también es cierto que sigue siendo aún un tema del que «no se habla» con espontaneidad en nuestro medio, fuera de los consultorios de sexualidad y de ciertos grupos vanguardistas que lo abordan de diferentes maneras. Eso fue justamente lo que sucedió en las entrevistas realizadas, tanto con las mujeres como con los varones. La masturbación fue un tema del que «no se habló» espontáneamente, lo cual puso en evidencia que la omisión del tema —y probablemente también de su práctica— ha formado parte de las represiones sexuales de

no pocas mujeres que hoy transitan la sexta década. Los tiempos han cambiado y muy probablemente no sean pocas las mujeres que también hayan modificado sus hábitos, pero lo que suele seguir manteniéndose es el pudor para hablar de ello. Si hablamos de erotismo, es inevitable comentar que el primero y legítimo acceso es el que reside y provee el propio cuerpo. Sin embargo, no hace mucho que el tema ha comenzado a ser abordado desde una perspectiva de género. Este abordaje es algo muy distinto a las habituales publicidades que promueven supuestas «libertades sexuales» que de erotismo suelen tener poco y mucho, en cambio, de exhibicionismo al servicio de intereses ajenos al disfrute femenino. Es un tema que sigue aún pendiente.

Siempre hago hincapié en que lo que afecta a la mitad femenina de la humanidad, necesariamente afecta a la otra mitad. Negar esto es contribuir a mantener un modelo dicotómico de sociedad que resulta ser profundamente insalubre para unas y otros. Una sociedad más solidaria ofrece una mejor calidad de vida y ello requiere hacer cambios que beneficien a ambos géneros, limitando los privilegios de unos sobre otros. En lo que a sexualidad se refiere, para quienes son ya mayores, ambos géneros suelen padecer —innecesariamente— imposiciones socioculturales que generan no pocos conflictos. Los varones, que con el paso del tiempo reducen su capacidad eréctil, suelen sentirse exigidos a una potencia que sigue focalizándose en la erección de su miembro. Y las mujeres, a quienes ya se les ha modificado la imagen física del modelo de atracción «socialmente correcto», se ven obligadas a realizar malabares para combatir la marginación de la que son objeto a causa de la edad. Ambos suelen perderse de seguir disfrutando de una sexualidad que aún está a su disposición y que excede en mucho la mecánica genital.

Las entrevistas realizadas, ofrecieron riquísimas perspectivas, tanto femeninas como masculinas, cuya impronta se refleja en los comentarios que fueron incluidos literalmente. Dichos comentarios fueron utilizados por mí como un trampolín para desarrollar algunos de los puntos álgidos de la sexualidad después de los

sesenta y, al mismo tiempo, fueron una evidencia contundente de todo lo que falta por seguir develando. El goce sexual es a mi entender, fundamentalmente, un acto de libertad que se resiste a ser condicionado por «otro» que no sea aquel que lo experimenta. Es una experiencia intransferible y pertenece en exclusividad a quien la vive. El partenaire es solo un compañero de ruta que adornará mejor o peor el trayecto compartido pero no es el «responsable» del goce ajeno. Creo que este es un punto clave que pone el foco en los juegos de poder que se instalan en la sexualidad. Y es aquí donde juega un papel importante la intolerancia a la libertad ajena, promoviendo mecanismos sociales para neutralizar la experiencia sexual y el goce correspondiente. Este es uno de los motivos por los cuales la sexualidad femenina ha padecido, a lo largo de los tiempos, un sinnúmero de represiones.

En los últimos treinta y cinco años me he dedicado, junto con el ejercicio de mi profesión, a investigar y escribir sobre temas que tienen la particularidad de ser «delatores» y en consecuencia, muy a menudo, han llegado a ser vistos como «transgresores». Es decir, temas que en la vida cotidiana —privada y pública— ocultan, a veces con disimulos muy sofisticados, profundos mecanismos de poder entre los géneros. Me ha fascinado entrar en los laberintos de estos temas y a través de ellos indagar sobre el dinero, el éxito, las negociaciones, el amor, el devenir del tiempo y ciertas dificultades femeninas para implementar límites a las demandas ajenas. Siempre lo hago desde una perspectiva de género que también incluye, inevitablemente, las problemáticas masculinas. Invito a transitar por estas reflexiones y a compartir los comentarios que las mismas puedan estimular.

## Después de los sesenta

### A modo de introducción

Bien sabemos que la sexualidad ha sido siempre un tema insoslayable en la vida humana y como tal ha sido objeto de las más variadas interpretaciones sobre las que circularon mitos y creencias que pretendiendo ser verdades incuestionables, regían las costumbres aceptadas para cada sociedad. Una de esas creencias, fuertemente instaurada por la cultura occidental, consistió en sostener que la sexualidad en las mujeres estaba circunscripta a la procreación y, por lo tanto, con la llegada de la menopausia —que marcaba el fin de la capacidad reproductiva en las mujeres— también llegaba el momento de cerrar con cuidadosos candados la sexualidad en general, y sobre todo el disfrute a ella asociado. Algunas se lo tomaron al pie de la letra y observando cuidadosamente los mandatos culturales encauzaron esas cuantiosas energías sexuales hacia el cuidado de otros con la ilusión inconsciente de recuperar entusiasmos como los que eran capaces de iluminar sus mejillas y hacer brillar sus ojos en otros tiempos. Otras, en cambio, habiendo tenido la fortuna de atravesar una historia personal que no siempre respondía a las expectativas culturales de la época —ni al medio que las rodeaba—

y que a menudo eran historias complejas y/o difíciles de transitar, lograron incorporar en sus comprensiones profundas de la vida un grado de transgresión suficiente para entender que la sexualidad era un don de la naturaleza y que la reproducción era solamente una necesidad de la especie. Junto con esto también entendieron que el disfrute del erotismo asociado a la sexualidad era un privilegio y un derecho del animal humano, aun cuando ese animal humano fuera del género femenino.

### **Un mito que divide aguas**

Sabemos que los condicionamientos culturales han tenido siempre un peso enorme en la construcción del aparato psíquico de los individuos y de los valores que debían regir la vida de las comunidades. La fuerza de los mandatos suele ser tan poderosa que en ocasiones logra frenar el cauce original de la naturaleza y cabe señalar que en el tema puntual que nos ocupa ha contribuido enormemente a construir una creencia que ha circulado en forma de mito y ha dividido las aguas entre los géneros. Me refiero a la creencia bastante difundida que podría sintetizarse de la siguiente manera: los hombres «necesitan» ejercer su sexualidad durante toda la vida porque eso forma parte de su naturaleza mientras el goce de las mujeres reside en la maternidad. Por lo tanto se insiste en sostener que la «naturaleza femenina» pone fin a su sexualidad con la menopausia. No son pocas las comunidades, en especial aquellas construidas sobre la base de las religiones monoteístas, que legitiman el ejercicio de la sexualidad —y casi lo imponen— a los varones de la especie humana mientras lo desautorizan en las mujeres y hasta lo condenan con penas que van desde la inoculación del sentimiento de culpabilidad —que cataloga como pecado el disfrute sexual— pasando por la descalificación social y la marginación encubierta en la prostitución hasta la muerte por lapidación.

Quienes han transitado varias décadas saben que mientras se tenga salud, la vida continúa y también continúa la sexualidad, aun

cuando en ocasiones —y por distintas circunstancias de la vida— algunas mujeres puedan haber llegado a pensar que la sexualidad llega a su fin junto con la menopausia, que ya es tiempo de retirada o simplemente que el panorama con que cuentan a su alrededor no tiene ningún atractivo, con lo cual suelen arribar a una rápida y fácil conclusión: que el entusiasmo y disfrute de «otros tiempos» pertenece al pasado porque su propia naturaleza ha dado por concluido el ciclo de disfrute sexual. Sin embargo, estas conclusiones que muy a menudo suelen ser sostenidas por no pocas mujeres —y en ocasiones hasta defendidas con fuerza alegando motivos «naturales»— chocan con los comentarios de muchas otras que se animan a compartir en voz alta sus propias experiencias y que, como veremos, poco tienen que ver con darse por vencidas frente al disfrute sexual. Veamos algunos de estos comentarios que son muy elocuentes:

*Estaba como retirada porque cuando me separé me dediqué a trabajar y mantener a mis hijos, no me di tiempo para otra pareja ni tampoco para relaciones circunstanciales. Ahora apareció alguien que me entusiasmó y tuve una experiencia sexual maravillosa. Me sentí como en mi juventud. Quedé asombradísima porque pensé que a mi edad ya no tenía entusiasmo ni gran sensibilidad. Pero fue todo lo contrario. Él era habilidoso, me dio tiempo, disfrutamos de muchos tipos de caricias y llegué a un orgasmo maravilloso. Ya me había olvidado de cómo era. Me di cuenta que mi falta de interés no era porque ya no me gustara el sexo sino porque la experiencia matrimonial me había aburrido mucho. Llegué a creer que todos los hombres eran iguales, con poca inventiva, pendientes de su propia satisfacción y desinteresados por lo que yo sentía o necesitaba.*

*El amante que tuve después de los sesenta me hizo reencontrar con mis necesidades sexuales que se habían adormecido con el cuidado de los hijos y la atención de los nietos. Con sorpresa descubrí que se me había amortiguado el llamado de la selva y yo no me había dado cuenta.*

Uno de los primeros impactos que producen estos comentarios es constatar que son las propias mujeres las que se sorprenden al descubrir que la ausencia de deseo no se debe a un «ciclo natural» sino que simplemente estaba adormecido por falta de estímulos apropiados. No son pocas las que quedan «enredadas» en las múltiples y complejas redes de la cotidianidad doméstica con las demandas de atención de los compromisos familiares, los cuales van poniendo sordina al «llamado de la selva». Pero por encima de todo surge el gran impacto al darse cuenta de que la propia conciencia había quedado despojada de su capacidad para reconocer lo que sucedía. Es decir, de que se estuviera diluyendo el deseo sexual y ello fuera vivido como algo «natural». En otras palabras, que se hubiera naturalizado semejante despojo que, como iremos viendo, poco tiene de «natural» y mucho de condicionamientos culturales. La *amortiguación del deseo* que aparece como protagonista en estos y muchos otros comentarios pareciera tener motivos por demás diferentes que los que se le asignan a la menopausia.

## **El deseo sexual no legitimado**

Ciertamente es muy grande la sorpresa de comprobar que se le ha puesto sordina al deseo sexual en mujeres que superan los sesenta años, pero es aún mayor la dimensión que adquiere dicha sorpresa cuando comprobamos que, además de la sordina, se agrega la falta de legitimación. Veamos a qué me refiero. Todas las culturas organizan su funcionamiento con normas que son las que le dan validez a los comportamientos individuales. Y dicha validez proviene de haber sido legitimadas, como ley de la comunidad. Lo que está legitimado pasa a formar parte de la cultura reconocida y lo que queda fuera de la legitimación es percibido como algo incorrecto que atenta contra el marco cultural. Afortunadamente, siempre existen excepciones a la regla y en lo que se refiere a la sexualidad de las mujeres que superaron la edad juvenil, también es posible encontrar aquellas que pudieron —y supieron— rescatar



lo que la vida, con su generosa magnificencia, ofrece a los seres humanos. El siguiente ejemplo es uno de ellos.

*Mi madre, que actualmente tiene más de 80 años, me contó que después de salir del duelo por su viudez conoció, a los 63 años, a un hombre quince años menor que ella y me dijo: «mirá nena, a tu padre lo quise mucho pero con quien realmente disfruté del sexo fue con ese amante. Fue él quien me hizo sentir mujer». Yo le agradecí a mi madre que me lo contara porque me daba libertad para no quedar atrapada en el mito de la «desexualización» cuando yo estaba llegando a los sesenta años.*

Este ejemplo es una perla, que al igual que las perlas genuinas, se mantiene en las profundidades hasta que las condiciones permiten sacarla a la superficie. Es decir, hasta que es posible hablar de esto y también es posible escucharlo. Al respecto cabe poner en evidencia que no son pocas las mujeres que disfrutaron con sus amantes lo que nunca llegaron a gozar con sus maridos pero, son muy pocas las que se sienten con la suficiente seguridad y se animan a transmitirles a sus hijas mujeres lo que toda una cultura se encarga no solo de ocultar sino también de desmentir.

Es bastante frecuente comprobar que, de la misma manera que las madres no cuentan sus experiencias, así también las hijas no siempre están en condiciones de tolerar y aceptar que sus madres sigan siendo mujeres sexualmente activas. No voy a entrar aquí en explicaciones psicológicas ni psicoanalíticas que den cuenta de ello, ni tampoco en el trillado tema de la competencia femenina. Todos sabemos lo que habitualmente se calla, que la competencia es algo humanamente omnipresente en todas las áreas de la vida y se resuelve mejor o peor según la capacidad de comprensión que tengan las personas involucradas respecto de la complejidad humana y de sus propios valores éticos. Con frecuencia se suele usar el tema de la «competencia entre mujeres» para desviar la atención de algo que es en mayor medida constitutivo y que tiene

que ver con los condicionamientos de género. Me refiero a que es más conveniente para la cultura patriarcal poner el foco en una lucha entre mujeres antes que iluminar todo el escenario donde las mujeres queden al descubierto de las múltiples discriminaciones, tanto para las mayores como para las jóvenes. Cuando se construyen las condiciones para que las mujeres entren en competencia entre ellas, los varones quedan más libres para desplegar sus propias competencias en un escenario que está mucho más despejado. Esto suele verse con mucha claridad en los ámbitos políticos. En algunas situaciones sucedió que cuando en la Cámara de Diputados de nuestro país se pretendió neutralizar la voz disidente de alguna mujer dentro de un partido determinado, rápidamente suele «aparecer» una problemática que lleva a enfrentar a las mujeres de todos los partidos. Inmediatamente se desplaza el foco de atención y los varones quedan con mayores espacios para negociar sus propuestas sin las molestas voces femeninas que están muy atareadas enfrentándose entre ellas y, por lo tanto, también distraídas. Así como la independencia económica no es garantía de autonomía, tampoco el acceso a los espacios de poder es garantía de una comprensión profunda de los temas de género y terminan haciéndole el juego al modelo patriarcal.

Volviendo a nuestro tema, resulta obvio que en el comentario que antecede, la madre no es una mujer del montón y tal vez podríamos afirmar con poco margen de error que es una mujer que ha vivido su sexualidad adulta sin vergüenza, sin culpa y con la suficiente autonomía psíquica y económica, como para «pasarle la posta» a una hija, que también estaba en condiciones de aceptar la sexualidad de su madre y de recibir de su mano la legitimación que la cultura escamotea. Muy probablemente una de las dificultades para transmitir —y legitimar— el disfrute de la sexualidad de madres a hijas no tenga que ver tanto con la muy utilizada «competencia femenina» (y en este caso generacional) sino con pautas de la cultura patriarcal que encasilla a las mujeres en sus roles de madres y esposas. Ambos roles son muy respetados

por la sociedad siempre y cuando se mantengan al margen de las supuestas impurezas y contaminaciones de los «bajos instintos sexuales» que han sido delegados a «las otras», a las que no hace falta respetar porque están programadas para satisfacer la necesidad de los goces sexuales masculinos. En síntesis, con la asignación de los roles de esposa y madre, la cultura patriarcal ha dejado muy en claro que el disfrute sexual no debe formar parte las experiencias femeninas. Aún cuando se trate de dones innegables que la Madre Naturaleza otorga a los humanos, dicha cultura patriarcal insiste en mantener el equívoco aunque para ello se vea en la necesidad de desmentir lo indesmentible.

## **Cerré la fábrica y abrí el parque de diversiones**

La menopausia no es solo la interrupción de un ciclo hormonal que pone fin a la capacidad de reproducción sino también pone fin a los permanentes recaudos que son necesarios tomar para poder acceder y disfrutar de la sexualidad sin los riesgos del embarazo. Como casi todas las cosas, la menopausia también tiene dos caras: los beneficios de tenerla y los beneficios de no tenerla. Lo que suele suceder es que mantiene muy mala prensa por múltiples intereses creados que provienen de diversas aguas. Lo que en primera instancia suele conmover al mundo femenino es que la menopausia es una de esas señales —innegable e inevitable— que ponen en evidencia el paso del tiempo. Por otro lado, existen intereses creados que provienen tanto de la adhesión a posiciones culturales (como las que identifican y superponen la sexualidad femenina con la reproducción y, por lo tanto, el fin de una acarrea también el fin de la otra) como los intereses de las industrias farmacéuticas que exacerbando los peligros que pueden acarrear los cambios hormonales logran beneficios económicos inconmensurables. No son pocas las mujeres que han vivido con gran alivio la llegada de la menopausia pero han tenido que disimularlo para no quedar a contracorriente de una sociedad que ve con malos ojos el disfrute

sexual femenino, sobre todo en mujeres que ya no son jóvenes. Cabe señalar, sin embargo, que en los tiempos históricos que corren se han producido ciertas flexibilidades que han permitido, a las mujeres que transitan esta nueva etapa de libertad corporal, expresar a voz cantante lo que hubiera sido motivo de gran riesgo en las épocas de la inquisición y de simple reprobación social hace apenas unas décadas. Es así como desde hace poco tiempo ha comenzado a circular una frase divertida que sostiene «cerrar la fábrica y abrir el parque de diversiones». Veamos algunos comentarios:

*Se dice que con la menopausia las mujeres cierran la fábrica y abren el parque de diversiones y yo no quiero abandonar el parque de diversiones. ¿Por qué me voy a privar de algo que me encanta?*

*Es una mentira que después de la menopausia disminuye el deseo sexual. A mí no me ocurrió jamás. Al contrario, cuando me liberé del temor al embarazo fue cuando tuve la mayor excitación. Me sentí más libre de ejercer el sexo y más placer con mi marido.*

*En mi caso fueron mejores mis experiencias sexuales después de la menopausia porque con mi marido me costaba calentarme. Era buen padre y buen marido pero cuando me separé conocí a V. y tuve una sexualidad increíble. Después de V. fue mejor aún.*

Como vemos, la menopausia puede ser una «liberación» tanto para aquellas mujeres que siguen encontrando disfrute con el marido tradicional como para otras que recuperan sus entusiasmos cambiando de partenaire. Lo que me resultaba muy llamativo a lo largo del tiempo que duraron mis investigaciones fue que los comentarios que expongo en el libro eran simultáneos a los de otras mujeres, también modernas y muy activas en su vida sexual, que se sorprendían de que hubiera quienes se animaran a exponer sin pudor lo que sentían respecto de su propia sexualidad, porque ellas no estaban dispuestas a hacerlo. Manteniendo, de esta manera, una

especie de inercia de costumbres anteriores acerca de que «de eso no se habla». También es posible escuchar que no pocas jóvenes suelen adoptar comentarios marcadamente críticos respecto de las mujeres mayores que habiéndose «independizado» caen en contradicciones significativas. Creo importante dejar en claro que los procesos de cambios son complejos y mientras se producen suelen coexistir viejas modalidades con nuevas actitudes. Por ello resulta comprensible que algunas mujeres se hayan permitido libertades sexuales, en otras épocas impensables, y al mismo tiempo sigan sintiendo pudor por hablar de su sexualidad. Esto es solo una evidencia de que los cambios, mientras se van produciendo, deben atravesar muchas capas y no todas son permeables. En estos casos resulta importante poder transitarlos con la tolerancia necesaria para dejar de ser objeto de autocríticas que solo causan perturbaciones y agregan molestias.